

COLECCIÓN VALLE DE PACHACAMAC

ARQUEOLOGÍA DEL PERIODO FORMATIVO EN LA CUENCA BAJA DE LURÍN

Richard L. Burger y Krzysztof Makowski
Editores



Capítulo 13



Volumen 1



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurín

Primera edición: marzo de 2009

© Richard L. Burger y Krzysztof Makowski, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN (obra completa): 978-9972-881-4

ISBN (volumen 1): 978-9972-42-882-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-03002

Impreso en el Perú – Printed in Peru

La presencia topará en el valle de Lurín

Hernán Carrillo B.

Introducción

El proceso histórico-social temprano en la costa sureña, y sus posibles contactos con la costa central, plantean una serie de problemas aún por resolver. Tal es el caso de la llamada tradición Topará, la que, a pesar de haber sido «descubierta» en la década de los sesenta, hasta hoy no ha podido ser caracterizada y definida plenamente, dada la discontinuidad de las investigaciones y la poca o ninguna información publicada de los trabajos ya realizados.

Afortunadamente, en los últimos años se ha retomado el estudio de esta fase del proceso de desarrollo en esta región del área central andina; especialmente por parte de los proyectos que dirigen Sarah Massey y Helaine Silverman en Ica y Pisco, Luis G. Lumbreras en Chincha y Wolfgang Wurster en Topará. Ellos nos brindan valiosos alcances que sustentan algunas inquietudes ampliamente compartidas y prometen, en un futuro próximo, la resolución de algunas interrogantes planteadas en torno a la tradición Topará.

Antecedentes

Cuando nos referimos a la tradición Topará, la relacionamos necesariamente con la cultura Paracas, aquella que Julio C. Tello (1959), conjuntamente con Toribio Mejía Xesspe, identificó entre las décadas de los cuarenta y cincuenta. Tello planteó la existencia de dos fases culturales (Paracas Cavernas y Paracas Necrópolis), definidas por las características de los contextos funerarios de la península de

Paracas y por la cerámica asociada, de probable uso estrictamente ceremonial (Tello y Mejía 1979).

Como resultado de sus investigaciones en la desembocadura de la quebrada de Topará, en el sitio de Jahuay, Edward P. Lanning (1960) identificó el estilo que bautiza con el nombre del mismo y lo subdivide en tres fases: Jahuay 1, Jahuay 2 y Jahuay 3. De esta manera fue el primero en plantear la presencia en la zona de un estilo alfarero diferente e independiente de Paracas.

Durante la década de los cincuenta, y bajo los auspicios del Programa Fulbright de Intercambio Educativo, se puso en marcha un ambicioso proyecto de investigaciones arqueológicas en los extremos norte y sur del país. En este marco, el arqueólogo estadounidense Dwight Wallace asumió la responsabilidad de las investigaciones en los valles de Chíncha y Pisco. Gracias a sus trabajos, Wallace propuso la existencia de un estilo alfarero distinto en estos valles de lo que hasta ese momento se denominaba Paracas. Wallace retomó sus investigaciones en 1986 y demostró la presencia de un desarrollo local de las fases topará en los valles de Cañete y Chíncha, correspondientes a las postrimerías del Horizonte Temprano o Período Formativo y relacionadas con el estilo Ocucaje del valle de Ica.

Como resultado del Programa Fulbright, Dorothy Menzel (1971) recogió las inquietudes de Wallace y planteó en forma más ordenada la presencia del estilo Topará en los valles de Chíncha y Pisco, a la vez que enfatizaba que esta fue una tradición alfarera largamente independiente de Paracas y Nazca.

En 1984, Luis G. Lumbreras retomó la secuencia planteada por Julio C. Tello, identificando a la fase Pinta como un estilo local en los valles de Chíncha, Topará y Cañete; y asignándole contemporaneidad con la fase Paracas Cavernas de Tello. Propuso también la existencia de una tradición Topará con sus fases Jahuay, Chongos y Campana. Alan Sawyer, al igual que Lumbreras, también ha argumentado que la cerámica necrópolis del sitio de Paracas es «casi idéntica de aquella perteneciente a una cultura llamada Topará de los valles de Chíncha y Cañete».

Asimismo, Sarah Massey ha realizado investigaciones en Ica durante la década de los ochenta, haciendo hincapié en la tradición Topará, a la que cronológicamente relaciona con Ocucaje. Igualmente, Helaine Silverman investiga las fases más tempranas en Ica, y se centra en la revisión de toda la información escrita sobre el tema. Sus trabajos en el valle de Pisco tienen la finalidad de abordar la problemática de este momento.

Finalmente, Wolfgang Wurster, durante sus trabajos de investigación en la quebrada de Topará, excavó un asentamiento del Horizonte Temprano con una

ocupación topará. Es a partir de los trabajos en este sitio que nos permitimos presentar este primer acercamiento.

Hipótesis interpretativa

Como mostraremos más adelante, la presencia de dos estilos alfareros denominados Patos y Topará, e identificados plenamente en los valles de Chíncha, Topará y Cañete, nos sugiere plantear algunas hipótesis de interpretación.

Proponemos que los diversos estilos o fases alfareras detectadas en la región pueden ser evidencia de la presencia de diversos grupos étnicos en movimiento. La descomposición de un patrón religioso ocurrido en los momentos precedentes, sumado a otros factores, habría creado las condiciones propicias para una fuerte interacción y el establecimiento de relaciones de intercambio a todo nivel entre dichos grupos. La alfarería, tanto doméstica como ceremonial, debidamente rastreada, puede de este modo reflejar no solo la presencia de estos grupos, sino también su patrón de movimiento a través del territorio. De hecho, ya es posible proponer un movimiento de este a oeste vinculado a la cerámica denominada Patos, y otro de sur a norte correspondiente a Topará.

Comparaciones y discusión

Los trabajos de investigación en la quebrada de Topará permitieron reconstruir una secuencia cronológica con fases culturales bien definidas mostradas en el cuadro 1.

Las primeras formas alfareras que aparecen en la quebrada de Topará, y posiblemente en el valle de Lurín, corresponden a la fase que Wallace denomina Patos, y cuyo inicio parece remontarse a los primeros momentos del Horizonte Temprano. Esta fase se caracteriza por vasijas de formas muy simples, consistentes mayormente en ollas globulares sin cuello y con bordes convergentes y gruesos. El tratamiento de la superficie exterior se consiguió mediante un simple brochado; ocasionalmente se procedió a un semialisado. La decoración incluye líneas incisas finas que forman triángulos diseñados desde el borde, rellenos con líneas incisas diagonales, pequeñas rayas verticales o puntos estampados (figura 1). Otras variantes decorativas consisten en una doble fila de círculos estampados y punteados alrededor del borde, o las simples incisiones profundas o punteados en sentido diagonal (figura 2); todas ellas hechas en arcilla precocida. En este grupo también se encuentran piezas correspondientes a vajilla llana, sin ningún tipo de

Cuadro 1. Cronología de l costa centro-sur

Año	Fase	EPOCA	RIMAC/LURIN	TOPARA/CHINCHA	PISCO	ICA	NAZCA
		INCA HORIZONTE TARDIO	Inca Pachacamac	Inca Chincha	Tambo Colorado	Ica-Inca Tacaraca	?
1.400	B	ESTADOS REGIONALES O INTERMEDIO TARDIO	Huancho	Chincha Huaquerones	Soniche Chulpaca	Soniche Chulpaca	?
1.200	A						
1.100	4					Epigonal Pinilla	
1.000	3	HUARI U	Pachacamac				
900	2	HORIZONTE MEDIO		Alto de la Luna	Maymi	Ica-Pachacamac Pacheco	Atarco
800	1		Nievería				
800	8		Maranga ¿Capilla?			9 8	9 8
700	7		9 8				
600	6	DESARROLLOS REGIONALES O INTERMEDIO TEMPRANO		7 Estrella 6 Nasca 6	Estrella-Nasca 7 Nasca 6	7 6 5	7 6 5
500	5		Lima 5				
400	4		4 3 2 1			Nasca	Nasca
300	3						
200	2			Carmen	Dos Palmas	3	3
200	1		Miramar			2	2
100			Huayco	Campana Chongos T Jahuay 3 O P	Campana Chongos N Jahuay 3	1	1
0	6			Jahuay 3 O P	Jahuay 3		10
100	5	FORMATIVO U	Tablada-Pinazo	Jahuay 2 A R A Jahuay 1 San Pablo		T-4 Paracas	9
200		HORIZONTE TEMPRANO			Tambo Colorado	T-3 T-2	8 7
300	4						
400	3			Pinta		C A V E R	6
500			Cerro			Callango	Ocucaje
600	2					T-1 D C	5 4
700	1			D Pato-Pozuelo	Pozuelo	Cerrillos B A	Tájo
800							3
900		ARCAICO O PERIODO INICIAL	Curayacu Jicamarca	C B			2 1
1.000				A Disco Verde	Disco Verde		
1.100			Garagay				
1.200							
1.300		PRECERAMICO			Otuma		
1.400							

decoración (figura 3), cuya presencia perdurará hasta las fases tardías reflejadas en los contextos domésticos de los valles de Chincha y Topará.

Durante los trabajos de reconocimiento arqueológico que realizó la Pontificia Universidad Católica del Perú en el valle de Lurín, se ha determinado la presencia de un estilo alfarero semejante al existente en el valle de Topará y que denominamos Patos (comunicación personal de Jalh Dulanto). Por su parte, Silverman, en sus trabajos en Ica, ha segregado tentativamente un estilo alfarero con características similares al que ha denominado Tajo; todo ello nos indicaría la existencia de una tradición alfarera con una gran área de dispersión. Esta hipótesis naturalmente deberá ser reforzada o rechazada a la luz de nuevas y mayores investigaciones.

El otro grupo alfarero que relaciona estos dos valles está constituido por lo que se ha denominado tradición Topará, caracterizada por cerámica muy bien elaborada, con una sofisticada tecnología en el control de la cocción. Sus pastas y paredes son muy finas, casi siempre monocromas y alisadas regularmente en

FIGURA 1

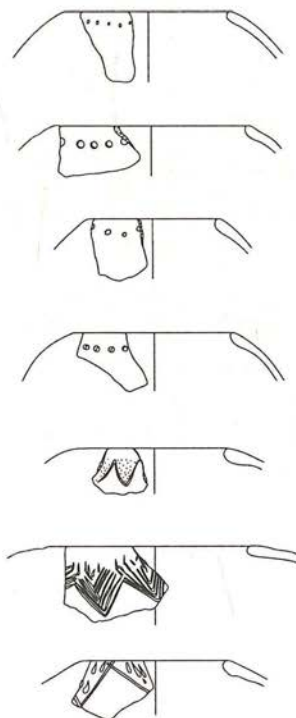


FIGURA 2

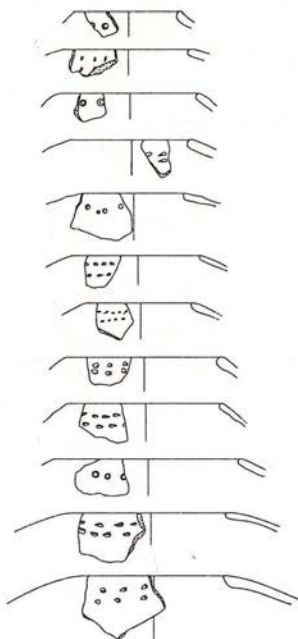
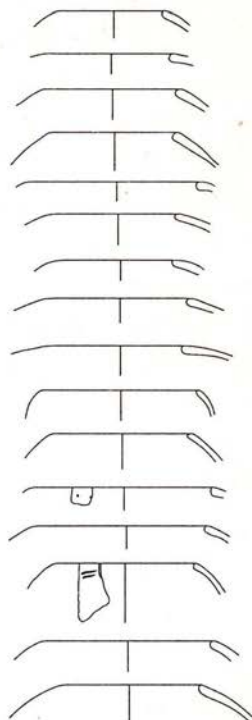


FIGURA 3



las superficies interior y exterior. Esta tradición se define como tal con el estilo San Pablo, y configura un desarrollo local con fuertes similitudes con Paracas y Tambo Colorado. Son comunes las ollas con cuello, los cántaros de cuello corto y los ralladores con engobe rojo en el borde. Es frecuente también la presencia de cuencos de paredes delgadas, algunas veces con decoración incisa, aplicaciones de botones casi planos y engobe rojo; o de paredes llanas e interiores bruñidos. La fase siguiente, Jahuay, ha sido subdividida. Durante la subfase Jahuay 1 son muy populares los cuencos de base plana y engobe rojo o blanco, y los cántaros de cuello recto y corto. Algunas de estas formas y atributos se mantienen durante la subfase posterior, Jahuay 2, momento en que también aparecen las botellas figurativas con doble pico, algunas con decoración bícroma. Jahuay 3 se caracteriza por el predominio de alfares de pasta de color anaranjado y una significativa variación de formas.

La fase inmediatamente posterior, Chongos, corresponde a fines del Horizonte Temprano e inicios del Periodo Intermedio Temprano, y se relaciona con un gran desarrollo tecnológico en la alfarería. Las vasijas confeccionadas con una pasta muy fina, con superficies bien alisadas, y ocasionalmente con un engobe blanco o crema son muy comunes en esta fase. Además, se mantienen algunas formas de Jahuay 3, especialmente los platos ligeramente curvados, un cuenco bajo y abierto o plato con una carena entre la base y el cuerpo, y las botellas con doble pico y asa puente. Sin embargo, lo más notable es la precisión en el control de la cocción, con lo que se obtuvieron áreas decoradas de color negro ahumado acompañadas de un patrón bruñido.

En los trabajos de investigación que realiza la Pontificia Universidad Católica del Perú en el yacimiento arqueológico de Tablada de Lurín, se ha recuperado un significativo conjunto de piezas cerámicas provenientes de contextos funerarios. Los especímenes comparten muchos elementos diagnósticos que nos hacen suponer una fuerte influencia sureña, en especial de las últimas fases de la tradición Topará. Es importante indicar que las características de casi todos los platos carenados y cuencos recuperados estarían vinculados con esta tradición desde la fase Jahuay hasta la fase Chongos (figura 4). Se trata de especímenes bien logrados, elaborados con arcilla seleccionada y pasta muy fina, totalmente oxidados, de color anaranjado y paredes delgadas bien alisadas. Los cuencos presentan, además, un botón inciso aplicado (figura 5), mientras que algunos de los platos, además de las características ya señaladas, presentan un patrón bruñido radial en el interior. En tres de estos casos hemos observado la presencia adicional de pintura roja sobre fondo blanco en el labio (figura 6).



FIGURA 4



FIGURA 5



FIGURA 6

Si consideramos que la fase San Pablo corresponde a la etapa de desarrollo en que se producen cambios fundamentales en la tradición Paracas (de Paracas Cavernas a Paracas Necrópolis o, lo que es lo mismo, de Pinta a Topará) y asumimos que esta fase marca el inicio de la tradición Topará, época en que habrían ocurrido fuertes cambios en los patrones culturales y una notable interacción entre los valles de la

costa sur y central, entonces debemos aceptar como plausible la secuencia cronológica propuesta por Lumbreras, Silverman y Massey. Para estos autores las fases Juan Pablo y Jahuay 1 son contemporáneas con Paracas T-3 y la transición de Ocucaje 8 a Ocucaje 9; se ubica, por consiguiente, entre 300 a 200 años a.C., en plena Época 4 del Horizonte Temprano. Posteriormente, durante la fase Jahuay 2 (100 a.C.), la movilización de grupos étnicos con dirección sur-norte anteriormente mencionada, habría adquirido su mayor dinamismo, como lo parece demostrar el material arqueológico recuperado por Ponciano Paredes en el sitio El Panel de Pachacamac, según la opinión de Adriana Maguñá (véase su artículo en este volumen), y las colecciones obtenidas por Mercedes Delgado y Rogger Ravines en Villa El Salvador.

La verificación de que las colecciones de Tablada de Lurín comparten varios elementos estilísticos con las de Villa El Salvador no solo sugiere una estrecha contemporaneidad, sino que también sustenta nuestra propuesta; y otorga coherencia al planteamiento de Karen Stothert cuando intuyó que la cerámica de Villa El Salvador era muy probablemente contemporánea con la fase Chongos.

Debido a la carencia de material dibujado en los informes que acompañan a la descripción de la cerámica de la tradición Topará, en especial de las fases Jahuay y Chongos, hemos creído oportuno dejar para un segundo acercamiento las similitudes morfológicas que se presentan entre algunos grupos de vasijas, especialmente en lo que respecta a los cántaros y las botellas.

Por otro lado, es evidente que en las impresionantes estructuras ceremoniales del valle de Chíncha —como las huacas Santa Rosa, Alvarado y Soto— el material arqueológico que predomina corresponde a Paracas, ya sea que lo llamemos Pinta o Topará; estas estructuras podrían representar una suerte de «capital» (en el sentido físico del término) de una entidad cultural que se manifiesta a través de una cerámica distintiva presente desde el valle del Rímac por el norte, a juzgar por el material recuperado por Jonathan Palacios, hasta el valle de Ica por el sur; sin descartar la posibilidad de su presencia en la cuenca media de los valles del Rímac, Lurín, Mala, Cañete y Pisco como frontera este.

Estos datos plantean la necesidad de formular unidades fijas de tiempo independientes de las referencias de carácter estrictamente estilístico. La presencia de la tradición Topará en el valle de Lurín es un excelente caso para introducirnos en este tipo de problemas, dado que en este sitio encontramos vasijas de cerámica tecnológicamente similares a aquellas de los valles más sureños. La semejanza en la tecnología de control sobre la cocción, la pasta, forma y manufactura de las piezas alfareras provenientes de medios geográficos diferentes y distantes exige

considerar los marcos cronológicos propuestos hasta el momento, a fin de evaluar posibles relaciones de contemporaneidad.

La primera secuencia cronológica que se estableció para la costa sur fue planteada por John H. Rowe en la década de los cincuenta como resultado de sus trabajos en el valle de Ica. Rowe se basó en la información recogida por Julio C. Tello y Lawrence Dawson, y logró segregar cuatro fases dentro del Horizonte Temprano: Paracas T-1, T-2, T-3 y T-4. Los siguientes trabajos de Rowe y las investigaciones de Dawson y Menzel confirmaron la secuencia e introdujeron nuevos aportes derivados de sus análisis. De esta manera, el estilo de cerámica del Horizonte Temprano proveniente del valle de Ica pasó a ser denominado Ocucaje en lugar de Paracas, en virtud de las diferencias estilísticas percibidas entre el material del valle de Ica y el de la península de Paracas. Además, Dawson completó la secuencia de Ocucaje con el establecimiento de las cuatro fases Cerrillos (A, B, C y D). Paralelamente, los trabajos hechos en la costa central contribuyeron a esclarecer la secuencia cronológica de estos momentos del Horizonte Temprano, caracterizados por el inicio de las tradiciones alfareras. Tal es el caso de las investigaciones de Edward P. Lanning, quien propuso las fases Curayacu A, B, C y D, siendo las dos últimas contemporáneas con Cerrillos A propuesta por Dawson, y Disco Verde de los valles de Chíncha y Pisco. Wallace y Würster completan la secuencia de ambos valles al proponer las fases Pozuelo y Patos, contemporáneas con Cerrillos A, B y C, y la fase Tajo del valle de Nazca. Esta última fase ha sido caracterizada —como hemos mencionado— por Helaine Silverman, quien ha destacado la notable similitud con la cerámica patos, pudiéndose muy bien tratar de un solo grupo alfarero que conecta ambos valles. La información proporcionada por Jalh Dulanto nos sugiere, incluso, la posibilidad de incluir el valle de Lurín dentro de este complejo sureño.

La fase siguiente a Pozuelo-Patos en Topará y Chíncha es denominada Pinta. La cerámica de esta fase presenta algunos rasgos que se manifestarán luego durante las fases Paracas T-1, T-2 y T-3. Quizá este hecho ha llevado a Luis G. Lumbreras a considerar a la cerámica pinta como un desarrollo propiamente Paracas de la fase Cavernas.

Durante la Época 5 del Horizonte Temprano aparece la fase San Pablo de Chíncha. Esta comparte formas y estilos decorativos con la fase T-3 de Ica, y representaría un posterior desarrollo local del estilo Pinta. Asimismo, presenta relaciones formales con Ica y la costa central, y es significativa la ausencia de ollas con cuello y vasos con asa. En opinión de Lanning y Wallace, es precisamente en este momento cuando se inicia la tradición Topará, independientemente de

las tradiciones contemporáneas Paracas y Nazca Monumental, y se desarrollan a través de sus tres fases: Jahuay, Chongos y Campana.

Como ya ha quedado dicho, la fase Jahuay ha sido dividida en tres subfases. Jahuay 1 se caracteriza por la presencia de ralladores, cerámica con baño rojo o blanco, cuencos con base chata y algunos motivos incisos que presumiblemente provendrían de la fase San Pablo. Sin embargo, se agregan nuevos elementos tales como la confección de vasijas con paredes extremadamente delgadas, y nuevos tipos de cuencos semejantes a los vasos de T-4 de Ica.

Jahuay 2 está caracterizado por conservar todos los rasgos de Jahuay 1, pero también incluye un número sustancial de innovaciones. Escasean los ralladores, los cuencos con base chata y la cerámica con baño rojo. Algunos cuencos chatos con paredes delgadas similares a los de la fase T-4 de Ica presentan las superficies negras pulidas, ahumadas en el interior, y decoradas con dibujos de líneas bruñidas. Asimismo, son novedosos los vasos con cintura, las botellas con doble pico y baño blanco (ambos también presentes en T-4), así como la ligera proyección del labio en la parte exterior de las ollas sin cuello y algunos cuencos. Entre los diseños incisos son frecuentes los diseños lenticulares en la cerámica fina, y las líneas diagonales en triángulos pendientes en la cerámica tosca. Se observa también una nueva decoración pintada en blanco sobre rojo, blanco sobre superficies sin pigmento y rojo sobre blanco o sobre superficies sin pigmento. No están ausentes los fragmentos modelados.

Además, Jahuay 2 es aparentemente contemporáneo con Tablada de Lurín, a juzgar por los muchos elementos diagnósticos que tienen en común. Entre estos resaltan los cuencos y platos con fondo angular al cuerpo o base chata, de pasta muy fina, con poco antiplástico o desgrasante muy pequeño, cocción oxidada y coloración que va desde el marrón claro hasta el anaranjado. Algunos atributos decorativos irregularmente frecuentes son el bruñido en el fondo y paredes de algunos platos, la decoración pictórica bícroma blanco sobre rojo en los cuencos sin pigmento, algunos vasos con doble cintura, y quizá algunas vasijas modeladas y botellas con doble pico.

Según los resultados de los trabajos efectuados por Jonathan Palacios en la costa central, la fase Pinazo del valle del Rímac comparte algunos elementos con la tradición Topará, tales como el empleo generalizado de pastas oxidadas, la presencia de platos y cuencos de color anaranjado con desgrasante fino y decoración pictórica blanco sobre rojo o rojo sobre blanco y la generalización de las botellas con doble pico.

Jahuay 3 está caracterizado por la ausencia de cerámica incisa y predomina la cerámica negra pulida, así como la decoración bruñida y con pintura bícroma. Finalmente, completando la secuencia de la tradición Topará, encontramos las fases Chongos y Campana (Quebrada de Cañete).

Hasta donde sabemos la tradición Topará se desarrolló en los valles de Pisco, Chincha, Topará y Cañete. Sin embargo, de acuerdo a los datos todavía hoy aislados, estos límites se prolongarían mucho más, tanto hacia el sur como hacia el norte. Cabe indicar que la tradición Topará, a través de todas sus fases, habría estado íntimamente ligada a lo que Julio C. Tello llamó Paracas Necrópolis. Aparentemente, Edward Lanning dio sustento a esta vinculación, al identificar algunos vasos necrópolis como pertenecientes a las fases Jahuay 3 y Chongos. Además, Dawson ha hecho notar que la mayoría de vasijas provenientes de las Necrópolis de Paracas podrían hallarse repartidas en las fases T-4, Jahuay 3 y Nazca 1, información que necesariamente deberá ser revisada en un futuro próximo. Finalmente, Luis G. Lumbreras comparte la idea acerca de la relación entre Topará y Paracas Necrópolis, tomando como base los últimos trabajos realizados por su proyecto en el valle de Chincha.